

LAS MUJERES Y LA SHOÁ

Lic. María Gabriela Vasquez ()*

Resumen

Las mujeres padecieron de forma diferente y particular la Shoá. Por ello, es importante rescatar sus experiencias y sus historias para descubrir el costado femenino del Holocausto, que todavía permanece en la oscuridad.

Conocer, entonces, la Shoá en todas sus facetas y dimensiones permite comprender cabalmente uno de los acontecimientos de mayor trascendencia de todos los tiempos.

Palabras Clave

**MUJERES – SHOÁ – SEGUNDA GUERRA MUNDIAL – HOLOCAUSTO -
NACIONALSOCIALISMO**

LAS MUJERES Y LA SHOÁ

María Gabriela Vasquez ()*

Introducción

La Shoá ¹ ha sido uno de los acontecimientos más importantes de todo el siglo XX que por su magnitud y trascendencia pertenece no sólo al pueblo judío sino a la humanidad toda.

Aunque se la ha estudiado desde las más diversas disciplinas, todavía quedan muchos interrogantes y muchos aspectos por investigar. En este caso, se ha buscado abordarla desde los testimonios de sus protagonistas. Estos aportan valiosa información y variedad de detalles que no aparecen en los libros y que enriquecen el conocimiento de la Shoá. Es decir, los relatos de quienes padecieron aquel terrible infierno complementan la documentación y bibliografía existentes pero, de ninguna manera, la sustituyen. Además, en este trabajo se han seleccionado sólo testimonios femeninos por considerar que las historias y experiencias de las mujeres todavía permanecen cubiertas por un velo de silencio.

Desde hace ya algunas décadas, la Historia de Mujeres ha empezado a cobrar fuerza y desarrollarse y ha hecho posible avanzar en el conocimiento integral del pasado humano ya que no constituye un estudio aislado ni excluyente. Por ello, una investigación basada en las experiencias femeninas durante el Holocausto permite conocer su costado más íntimo y, a la vez, entender ese siniestro acontecimiento en su totalidad.

Como la bibliografía sobre esta temática no es todavía abundante, los relatos femeninos, tanto escritos como orales, se han convertido en

la principal herramienta para rescatar historias particulares y experiencias personales y, de esta manera, comprender la Shoá desde los detalles, anécdotas y recuerdos.

En este trabajo sólo se hará referencia a las víctimas del Holocausto. Las mujeres nazis, es decir, las perpetradoras, al igual que las salvadoras, esto es, aquellas mujeres, en su mayoría cristianas, que arriesgaron sus vidas y las de sus familiares para salvar judíos, quedan fuera de los alcances que nos hemos propuesto en esta oportunidad.

I. Las Mujeres durante la Shoá

Para la ideología totalitaria nazi, el pueblo judío encarnaba el mal y, por ello, debía ser aniquilado. Las persecuciones, primero, y los asesinatos en masa, después, formaron parte del horroroso plan de "purificación" nacionalsocialista. No se salvaron ni mujeres ni pequeños, porque aquéllas engendrarían más y más judíos y estos, buscarían venganza al crecer.

Aunque la Shoá se refiere concretamente al exterminio de seis millones de judíos en manos de los nazis, consideramos que es un proceso más amplio que comienza con las primeras persecuciones sufridas por este pueblo y que llega prácticamente hasta nuestros días, en la vida de cada uno de los sobrevivientes e incluso la de sus descendientes; abarca, también, la vida en los escondites, la lucha en los bosques y las experiencias en los ghettos y campos de trabajo y exterminio.

Las persecuciones antes de la Guerra

Desde la llegada de Hitler al poder en 1933 la situación de los judíos se vio comprometida. Al principio, las medidas antisemitas fueron sólo prohibiciones pero luego las disposiciones aumentaron en agresividad y violencia.

"Asistí al colegio judío 'Karlebach', de gran prestigio en Leipzig (...). Con el ascenso de Hitler al poder en 1933, vi fragmentarse día a día mi identidad judeo-alemana: las

manifestaciones de los 'nacional-socialistas', sus saludos nazis y las svásticas, me inquietaban. (...)

"A la despótica voz del Führer que estaba obligada a escuchar incondicionalmente, se agregaban los cánticos antisemitas de las multitudes 'SS' que se concentraban en la plaza frente a mi casa."²

Las Leyes de Nuremberg de 1935 los despojaron de sus derechos y la situación se volvió aun más precaria.

Más tarde, la "Noche de los Cristales", del 9 al 10 de noviembre de 1938, marcó el inicio de la violencia a gran escala. Los nazis destruyeron tiendas judías y sinagogas, robaron y asesinaron a muchos hombres pero también a un número considerable de mujeres.

"Salir a la calle los primeros días después del 10 de noviembre (de 1938) era una odisea que exigía pleno autodominio. Cuando se cerraba la puerta detrás de mí, tenía la sensación de que debía erguirme y armarme contra un cruel mundo exterior. En casi todos los negocios de la ciudad (Munich), también en los edificios públicos, cafés, restaurantes, etcétera, había grandes letreros donde se advertía: 'Prohibida la entrada a judíos'. Se podía reconocer a cada mujer; a cada muchacha judía (la gran mayoría de los hombres habían sido llevados a Dachau, y los pocos que habían escapado estaban escondidos) no por los famosos rasgos de la raza -rasgos que sólo una parte de los judíos posee-, sino por la expresión pétrea de sus rostros, que parecían máscaras: la mirada no se detenía en nadie sino que parecía pasar a través de todos."³

En efecto, los hombres habían sido conducidos a los campos de trabajo y las mujeres tuvieron, entonces, que hacerse cargo de sus familias. Desempeñaron, así, papeles impensados en otros tiempos pero la urgencia del momento que vivían las llevó a arreglárselas para salir adelante y para sobrevivir cada día con lo poco que les quedaba. Muchas debieron malvender sus pertenencias para conseguir alimentos para sus hijos o salir a buscar algún trabajo o llevar adelante solas los

negocios de sus maridos. De esta manera, las mujeres demostraron gran fortaleza y entereza ante la crítica situación que les tocaba vivir.

En septiembre de 1939 comenzó la Segunda Guerra Mundial.

“Mientras esperaba ayer por la mañana (1 de Septiembre de 1939) (...) el tren (...), se oyó de pronto el altoparlante (...). Aunque esperábamos esas palabras desde hacía mucho, cuando las escuchamos un escalofrío nos corrió por la espalda: ¡Estalló la guerra! ¡Los ejércitos alemanes han cruzado la frontera polaca!”. “La colectividad judía está convulsionada (...) se discute qué consecuencias tendrá la guerra para nosotros, los judíos.”⁴

A partir de entonces, las casas de propietarios judíos fueron declaradas “casas judías” y allí se agruparon varias familias.

“Ya nadie puede reclamar una habitación individual, ni más grande, pues cada habitación debe ser compartida por varias personas (...). Las ‘casas judías’ son el comienzo del gueto y sirven claramente al objetivo de vigilar e impedir la relación entre ‘arios’ y judíos.”⁵

La presión de los nazis se hacía sentir cada vez con más fuerza y la comunidad judía veía disminuir cada día sus espacios de libertad y movimiento.

“(...) los buenos tiempos quedaron definitivamente atrás: primero la guerra, luego la capitulación, la invasión alemana, y así comenzaron las desgracias para nosotros los judíos. Las medidas antijudías se sucedieron rápidamente y se nos privó de muchas libertades. Los judíos deben llevar una estrella de David; (...) no les está permitido viajar en tranvía; (...) tampoco en coches particulares; los judíos (...) no pueden salir a la calle desde las ocho de la noche hasta las seis de la madrugada; no les está permitida la entrada en (...) los lugares de esparcimiento público (...). Así

transcurrían nuestros días: que si esto no lo podíamos hacer, que si lo otro tampoco.”⁶

La vida en los ghettos

Poco tiempo después, los judíos fueron obligados a abandonar sus hogares y la mayoría de sus pertenencias y conducidos a los ghettos que les habían sido asignados, para evitar todo contacto con la población alemana y poder ser controlados por los nazis con mayor facilidad.

“Muy pronto se difundió la noticia que todos los judíos debían abandonar sus hogares y marchar al ghetto. Empacamos una valija con lo más necesario –se acercan el otoño y el invierno- nos ponemos toda la ropa que podemos (...).

“Duele separarse de la vivienda, donde nací y me formé... tantas alegrías y penas vividas aquí...

“¿Y a dónde nos mandan ahora? ¿Qué penuria nos espera...?”⁷

En los ghettos todavía sobrevivía la estructura familiar aunque ya habían empezado las deportaciones. Por ello, muchas mujeres debieron hacerse cargo de los suyos al faltar maridos y padres y continuar, también, con todas sus labores tradicionales. Así, se las ingeniaron para hacer de aquella terrible experiencia algo más llevadero para todos. Cocinaron con lo poco que tenían o podían conseguir a diario. “(...) cuando el hambre fue intenso, mi madre se arriesgó a cambiar su cintillo de casamiento por un ganso del que aprovechó hasta su grasa.”⁸ También fueron ellas las que se ocuparon de confeccionar prendas para los pequeños y cosieron las estrellas de David en su propia ropa y en la de sus hijos.

“Dvortche (...) bordó un diminuto hexagrama amarillo, como una estrella de David, y la cosió al vestido de Bella sobre el pecho y el diminuto parchecito tenía realmente un encanto

enternecedor, como los primeros zapatitos blancos de un niño.”⁹

El hacinamiento en aquellos lugares fue una constante desde el comienzo; sin embargo, la situación se hacía más crítica con el correr del tiempo debido a que periódicamente llegaban nuevos contingentes. *“Cuando achicaron el ghetto, trajeron más judíos de otros lugares y el hacinamiento fue espantoso. En cada casa se amontonaron cuantas familias pudieron meterse.”*¹⁰

La falta cada vez mayor de alimentos y la consecuente desnutrición de todos, al igual que la suciedad reinante en cada rincón era el medio propicio para la propagación de enfermedades y epidemias dentro de los ghettos y la causa de centenares de muertes diarias.

“El hambre y las enfermedades hicieron estragos en la población y cada vez aparecían más cadáveres en las calles. Al principio se los cubría con papel. Pero, cuando este (sic) se acabó, ni se los cubría y quedaban así, hasta que se pudiera sepultarlos. El olor nauseabundo era inaguantable, no se podía respirar.”¹¹

Los nazis habían prohibido los embarazos a las mujeres judías. Por ello, muchas decidían abortar pero otras tantas daban a luz en los ghettos, en situaciones difíciles y peligrosas y bajo condiciones higiénicas muy precarias. Estas madres estaban en clara desventaja con respecto a las demás mujeres porque debían cargar con el recién nacido y decidir si llevarlo consigo a trabajar, durante largas horas, o dejarlo solo. Cualquier decisión era difícil de tomar, cualquiera podía ocasionarle la muerte a ambos, ya que el llanto de los niños muchas veces enfurecía a los nazis y tanto las madres como los pequeños solían ser eliminados rápidamente¹².

Por otro lado, los oficiales de las SS acostumbraban entrar a los ghettos y matar sin razón alguna. *“Nos acostumbramos a convivir con la muerte. La sensibilidad llegó a ser un sentimiento del pasado.”*¹³ Se vivía, entonces, en constante temor e inseguridad. Asesinatos y violaciones eran comunes pero no sólo en manos de nazis sino también de sus cómplices: ucranianos y polacos, por ejemplo.

“Ese día, entraron al ghetto varios polacos armados y violaron a todas las chicas que encontraron. A la hija del rabino Pasternak, una hermosísima niña de apenas catorce años la mataron de tanto ensañarse con ella (...).”¹⁴

En aquellos lugares todavía cada uno vestía sus propias ropas y se diferenciaban, de esta manera, hombres de mujeres ¹⁵. Además, el largo del cabello continuaba siendo una distinción genérica. Más tarde, esto se perdería en los campos de concentración, donde todos por igual tendrían la cabeza rasurada y vestirían los mismos harapos. Sin embargo, fue en los ghettos donde comenzaron las acciones que llevarían a la indiferenciación sexual.

“Nos miraron (dos oficiales de las SS) y dijeron: Qué lindo cabello que tienen. Acto seguido nos obligaron a acompañarlos a una peluquería, donde nos hicieron rapar a las dos. Ya en lá calle, miré a mi madre, la Sra. Rotschtein, la gran dama, hecha una piltrafa.”¹⁶

Las mujeres no tuvieron gran participación en la política del ghetto (Judenrâte) debido a que esta estuvo casi siempre en manos masculinas; sin embargo, sí actuaron junto a los jóvenes y en pie de igualdad en los movimientos clandestinos de resistencia¹⁷. En general, ellas hacían de emisarios y llevaban información secreta, materiales de lectura prohibido y cartas a diferentes lugares, muchas veces lejanos¹⁸. También contrabandeaban armas y dinero. Además, participaron en rebeliones y levantamientos como, por ejemplo, el del ghetto de Varsovia en 1943.

Aunque aquellos lugares funcionaban relativamente bien, no eran, de ninguna manera, la “solución final” para el “problema” judío; por ello, los nazis comenzaron a liquidarlos y enviaron a todos a los campos ubicados en el Este del Reich. Mujeres y niños constituían la mayoría de la población de los ghettos debido a que los hombres ya habían sido deportados.

Los Campos de Trabajo y Exterminio

En trenes de carga eran trasladadas las mujeres hasta los diferentes campos. El viaje era insoportable y demasiado largo y penoso para muchas, que morían en el camino.

“Eran vagones para transportar animales (...). No tenían ventilación, tampoco retretes. En esas cárceles sobre ruedas, metían más gente de la que cabía.” “Quien tenía la ‘suerte’ de ubicarse al lado de uno de los bulones de los vagones, podía apoyar su cara y sentir el fresco del hierro, porque el calor y la falta de aire era asfixiante.

“Cuando alguien se moría dentro del vagón, servía de silla para los vivos de al lado. Así viajamos, no sé cuánto tiempo, hasta llegar a Maidanek.”¹⁹

Las mujeres sufrieron el traslado de forma diferente de los hombres, por su propia condición de mujeres.

“Rápidamente somos puestas en vagones de ganado... vagones con ventanas enrejadas, con tablas de madera entre las rejas, por eso nada de aire puede entrar o salir ... 75 en un vagón ... ni servicios ... ni médicos ... ni medicinas. “Estoy menstruando. (...) no hay espacio para sentarme... no hay espacio para estar de pie... no hay aire para respirar.”²⁰

Al llegar a destino, se hacía una selección. Generalmente, las madres con sus pequeños eran conducidas a las cámaras de gas debido a que no servían para trabajar. Sólo quedaban con vida los jóvenes, hombres y mujeres, sanos, fuertes y sin hijos, capaces de soportar las duras labores y humillaciones constantes.

“(...) después de que el tren de carga llegara al campo de concentración nos dijeron que nos desnudáramos. Yo era joven. Había hombres (...). No podía hacer nada. Quería esconderme. Pero ¿qué esconder primero?, ¿todo mi

cuerpo? Uno no puede esconder su cuerpo. Y después nos afeitaron ... y estábamos desnudas y sin pelo. Mientras tanto estaban quemando a nuestras familias en el crematorio."²¹

La desnudez frente a los hombres, las llenaba de vergüenza. Sin embargo, debían obedecer las órdenes de los oficiales o atenerse a las consecuencias: golpes o, incluso, la muerte. *"Nos llevaron a la casa de baños; teníamos vergüenza de desvestirnos, porque el servicio era masculino."*²²

Por otro lado, la humillación de ser rapadas, marcadas con un número y vestidas todas iguales también las hacía sentir degradadas y consideradas como cosas indiferenciadas:

"(...) nos dieron unos pantalones anchos y unas casacas que nos hacían parecernos todas a hombres. Una miraba a la otra sin entender cómo habían podido hacer de nosotras tales espectros, totalmente desnaturalizados."²³

El ciclo menstrual cesaba al poco tiempo de llegar a los campos debido a la desnutrición, los golpes, el stress y la angustia constante. Tal hecho, las llevaba a perder la noción del tiempo y, por sobre todo, las hacía sentir que ya no eran nada, que lo habían perdido todo, hasta la condición misma de mujeres...²⁴

La realidad que se vivía allí era completamente diferente de la que se vivía afuera. Era otro mundo, lleno de horror y vejaciones. *"Del otro lado del alambrado, parecía existir la libertad, mientras nosotros, allí, valíamos tanto como los piojos que pululaban en nuestras cabezas."*²⁵

El encierro corta abruptamente la cotidianeidad de las personas²⁶. Por ello, las mujeres debieron construir una nueva cotidianeidad en los campos de concentración nazis a partir de los elementos nuevos con los que contaban. Así, el frío, el hambre, la suciedad, las enfermedades, los piojos, las heridas, la muerte, las humillaciones, los golpes y el temor constante fueron los elementos con los cuales aprendieron a convivir cada día.

El trabajo era agotador. Las mujeres, al igual que los hombres, trabajaban duramente largas horas en fábricas de productos químicos

y materiales de guerra, canteras y minas, campos y granjas. Levantaban muros, trasladaban piedras, paquetes pesados y hasta durmientes de ferrocarril. *“La labor era insoportable. Transportábamos todo el tiempo pesos por encima de nuestras fuerzas, a través del lodo.”*²⁷ Otras, trabajaban en establecimientos donde, además de ser las condiciones higiénicas muy precarias, los elementos que manejaban eran nocivos para la salud. Se puede mencionar el caso del trabajo con picrina (polvo amarillo utilizado en la fabricación de minas acuáticas) que envenenaba a las jóvenes volviéndolas amarillas y dañando, muchas veces de forma irreversible, sus pulmones.

“Me miré en el espejito y ... me quedé fría. Me he vuelto amarilla, mi cara ha envejecido (...) diez años. Mi cabellera de un color rubio claro, (...) se volvió verdoso-amarilla; aparecieron visibles manchas amarillas al lado de los ojos, de la nariz y de la boca. Eché una mirada en mí: las uñas y las palmas de las manos coloradas, el cuerpo amarillo, el tapado amarillo y las botas también amarillas, todita era amarilla (...).”²⁸

En proporción, las mujeres sobrevivieron más que los hombres la dura experiencia en los campos de concentración. Mientras que la tendencia de los hombres fue la de ser “lobos solitarios”, las mujeres formaron verdaderas familias, compartieron la comida y hasta hicieron pequeñas celebraciones en grupo con sus compañeras²⁹. Se ayudaron mutuamente y extendieron una mano o dieron un abrazo a quienes lo necesitaban. Estos eran “actos de cuidado” hacia el prójimo que, por lo general, eran realizados más por mujeres que por hombres; quizá porque tales funciones han sido atribuidas tradicionalmente a ellas³⁰.

“Hace unos días festejamos juntas mi cumpleaños. En la torta, para la cual cada una aportó un poco de miga de pan aplastada con algunas cucharadas de esa especie de melaza que llaman mermelada, veinticuatro ramitas representaban las velas en una escenografía de hojas recogidas a toda prisa durante el trabajo de remoción de

tierras al borde del pantano; un verdadero momento de felicidad."³¹

Por otro lado, es opinión común pensar que las prisioneras eran continuamente violadas en los campos. En realidad, la violación era poco frecuente³², mucho más lo había sido en los ghettos. Además, existían burdeles para los oficiales nazis. Uno de los más famosos ubicado en Auschwitz, era conocido como la "Casa de muñecas".

"Todas las tardes llegaban contingentes de soldados en busca de las 'juden jure' (prostitutas judías). Teníamos que obedecerles y demostrarles el honor que nos hacían. Órdenes salvajes, (...), bajezas que no me animo a describirte, todo eso se sufría para sobrevivir." "Cuando comparo con la suerte corrida por mis hermanos, parece que fui afortunada. ¿Fui afortunada? Ni una sola noche de mi vida he pasado sin recordar o soñando que despierto sola, sangrante en una inmunda cama de la barraca llamada la 'casa de las muñecas'."³³

En cuanto a la maternidad, también estaba prohibida en los campos. Generalmente, las embarazadas o eran gaseadas o eran conducidas a las barracas destinadas a los experimentos. Con respecto a estos últimos, muchas fueron utilizadas como conejitos de Indias y miles fueron mutiladas y también esterilizadas para luego pasar a la cámara de gas o, lo peor, quedar vivas con grandes problemas de salud y la consiguiente incapacidad de la maternidad.

"Para asegurarse que no hubiera procreación judía, extirpaban a mujeres judías jóvenes los ovarios. Y lo hacían sin anestesia. No sé cuántas chicas quedaron vivas después de semejante operación. Yo tuve la alegría de reencontrarme en Italia, después de finalizada la guerra, con una chica griega que sobrevivió a eso, formó pareja y lloraba desesperada su pérdida maternidad."³⁴

La resistencia en todo momento

Contrariamente a lo que pudiera creerse, sí existió libertad entre las víctimas durante aquellos terribles años. Las mujeres pudieron conservar un vestigio de independencia, aun en las situaciones extremas de tensión física y psicológica que les tocaba vivir. Así, era un acto de dignidad transformar la situación de sujeción en una situación de libertad³⁵. Huelgas de hambre, insubordinación ante las órdenes de los nazis o el suicidio mismo antes de ser asesinadas, constituían actos de dignidad y libertad que, la mayoría de las veces, ponía a los alemanes fuera de sí ya que no tenían el control absoluto sobre las personas.

“Cuando el nazi-verdugo se acercó a ella, Mala lo abofeteó, le escupió en la cara y tomando una hojita de afeitar que logró traer, se cortó las venas de ambas manos. Al verla, los nazis se sintieron burlados (...).”³⁶

Ni las más terribles vejaciones y humillaciones acabaron con la determinación y libertad de elección propias de los seres humanos, que aun latía en el interior de cada prisionera.

“¡Sí! Cada minuto de vida allí era combate, resistencia. Y resultaba tan fácil acabar con todo eso. Bastaba con acercarse al cerco de alambre electrizado, extender la mano, tocarlo, y se acababan todas las penurias. (...) Y cómo atraía, a menudo, el alambrado... Pero hubiese significado renunciar a la resistencia y eso, sabíamos, no debía hacerse.”³⁷

Resistir durante la Shoá también consistía en tratar de sobrevivir cada hora, cada día, escribir un diario o una poesía; en otras palabras, luchar para seguir siendo personas y evitar ser convertidas en simples cosas.

II. Las sobrevivientes de la Shoá

La guerra terminó en 1945. Sin embargo, las mujeres que lograron sobrevivir todavía tuvieron que superar muchas otras dificultades y no fue fácil para ninguna de ellas volver a la vida anterior a la guerra.

Desgraciadamente, no todas pudieron disfrutar de la libertad porque los campos habían terminado con su salud. *“Yo vivo, tengo veinte años, fui la única que sobrevivió de toda la familia, estoy malamente enferma (tuberculosis avanzada) en el hospital y seguramente voy a morir.”*³⁸

El primer impulso fue buscar familiares, amigos y conocidos para recuperar, de esta manera, los lazos que las unían con el pasado.

“Cuando medito sobre ese drama, recuerdo mi angustia de aquel momento, cuando empecé a preguntarme ¿Quién me espera? ¿A quién tengo? ¿Quedó alguien de los míos vivo?”. “A mi (sic) no me espera nadie. ¿A quién busco? ¿Dónde lo encuentro?”³⁹

Algunas mujeres habían quedado solas en el mundo... padres, hermanos, esposos e hijos habían sido asesinados. Entonces, comenzaron a edificar una nueva vida, a partir de lo que les quedaba: ellas mismas. Pero fue muy difícil y doloroso. *“Tenía entonces nada más que veintiún años y me sentía vieja, desgastada y sin perspectiva de vida. Derramé muchas lágrimas entonces, y aún hoy, cuando lo recuerdo, se me oprime el corazón.”*⁴⁰

Otras lograron reencontrarse con algunos familiares, pero casi todas las familias habían sido pulverizadas por la guerra.

“En 1945 volví a París. Mi hermana Ida había quedado viuda; mi hermano Maurice estaba solo, su mujer había sido deportada; mi madre se había suicidado y mi padre se había vuelto a casar.

“Yo tenía 15 años y, a pesar de todo, muchas ansias de vivir.”⁴¹

La Shoá representó un quiebre en el fluir normal de la vida para quienes estuvieron sumergidos en ella ⁴². Hubo un corte, un antes y un después del Holocausto. Es decir, la Shoá fue una discontinuidad entre dos períodos de vida normales y ese bache no se ha podido integrar de ninguna manera al continuum de la vida de los sobrevivientes ⁴³.

Cada una trató de recuperar el tiempo y los años perdidos y de seguir adelante con valentía y dignidad, a pesar de las dificultades, de los fantasmas y las pesadillas recurrentes. Aquel tiempo las había marcado para el resto de sus vidas, con mucho más que un simple número en el cuerpo. Se puede decir que la recuperación física fue muy rápida, todas lograron su peso normal y el cabello creció como antes. Sin embargo, las heridas psicológicas demoraron en cicatrizar, incluso algunas no cicatrizarán jamás.

“Cuando volví de los campos nadie podía comprenderme. Me sentía de cien años, vieja en mi alma aunque mi cuerpo tenía sólo dieciséis años. No tenía ya deseos de vida espiritual o social ni de casarme. Nada me interesaba ya. Muy despacio volvimos a nosotros mismos. No quedamos amargados, no odiamos a nadie, pero no queríamos recordar, sólo queríamos olvidar.”⁴⁴

No todas permanecieron en Europa ni regresaron a sus tierras natales, muchas prefirieron emigrar y empezar de nuevo en otros lugares, lejos de los sitios que les traían tantos malos y tristes recuerdos. *“Las familias materna y paterna se disgregaron. Una parte fue aniquilada. Otra partió hacia Israel y el resto emigró a la Argentina.”*⁴⁵

La Segunda Generación

Las sobrevivientes trataron de rehacer sus vidas como pudieron. La mayoría formó pareja con otros sobrevivientes; quizá porque sólo otro sobreviviente comprendería cabalmente todo lo que habían sufrido y padecido.

“Después de la guerra conocí a tu padre en un campo de Desplazados. Unimos nuestras penas (...) con mucho

respeto el uno por el otro. De esa unión naciste vos y yo pude dar a luz a una niña mía, de mi sangre y de mi pueblo, que fue, pese al escarnio sufrido, más digno que sus opresores."⁴⁶

En efecto, muchas uniones matrimoniales se concretaron al poco tiempo de finalizada la guerra, en los campos de refugiados donde habían sido conducidos los sobrevivientes a la espera de reponerse físicamente, ser contactados con familiares o ser ayudados a instalarse. El casamiento fue, entonces, una manera de aferrarse a la vida y de dejar atrás tanto dolor y sufrimiento. Y fue en aquellos campos donde nacieron los primeros bebés. Así, la maternidad llenó de alegría y esperanzas a estas mujeres y las ayudó a sobrellevar su trágico pasado.

"Cuando me enteré que estaba embarazada, no cabía en mí de felicidad. Después de ver tanta muerte, de perder a tantos familiares y amigos, después de haber estado, yo misma, enfrentada a la muerte, sentir que latía una vida nueva dentro de mí (sic), que yo iba a procrear, mi felicidad era indescriptible, estaba orgullosa de traer un hijo al mundo, para la continuidad de nuestra estirpe y para la vergüenza de quienes querían aniquilarnos."⁴⁷

Las familias de sobrevivientes han tenido sus particularidades debido a que las experiencias padecidas por los padres durante aquellos años no se han podido ocultar. Los hijos han convivido con los silencios cargados de dolor de sus mayores, sus llantos, pesadillas, cicatrices y, en algunos casos, terribles relatos. Por ello, la segunda generación no ha estado ajena a la Shoá y, de alguna manera, ha sido partícipe de aquella trágica experiencia.

Palabras finales

Las mujeres que padecieron la Shoá no volvieron a ser las mismas de antes y siguieron sufriendo sus repercusiones de por vida.

Así, niñas y adolescentes crecieron bruscamente, de golpe y a los golpes, durante aquellos años.

“Yo tenía entre catorce y quince años cuando viví lo que les estoy relatando. Ni yo ni nadie que haya pasado la guerra infausta, ha tenido adolescencia. Todos hemos pasado de la infancia a ser adultos sojuzgados, esclavizados.”⁴⁸

Es decir, se hicieron adultas de repente y perdieron una etapa de sus vidas que debió haber estado llena de felicidad, afecto y juegos. En cambio, aprendieron rápidamente a convivir con el dolor, el llanto y la muerte.

“(…) la guerra dio por tierra con todos mis deseos y todas mis ilusiones. Nada de lo que había querido hacer, pude realizar. Esa sensación de frustración me persiguió desde que terminó la guerra hasta hoy.”⁴⁹

Las sobrevivientes no han podido nunca dejar atrás tanto horror. Recuerdos y pesadillas las han hecho regresar una y otra vez a aquella terrible tragedia.

Muchas hablaron sobre sus dolorosas experiencias en la intimidad del hogar y otras, con el tiempo, se atrevieron con valentía a contarlas públicamente o escribir sus memorias. Sin embargo, todas necesitaron tiempo para elaborar lo padecido y encontrar palabras para describir aquel horror.

“(…) sólo puedo ahora contar un poco de lo que me pasó durante aquellos meses y años. La incapacidad de expresar esos horrores afectó mi completa existencia hasta el día de hoy. Debajo de mi apatía emocional llevo ocultas experiencias traumáticas terribles, horrores humanos, tortura corporal, sufrimientos físicos y psíquicos que no pueden ser reparados.”⁵⁰

En la actualidad, muchas de las mujeres que sobrevivieron ya han fallecido y las que todavía viven en su mayoría son abuelas. Ellas cargan

sobre sus espaldas un doloroso y siniestro pasado. Han sido protagonistas de un acontecimiento impensable en pleno siglo XX y gracias a sus testimonios podemos hoy conocer la Shoá en una faceta íntima y personal.

Notas

* Licenciada en Historia. Actualmente se desempeña como JTP en el Seminario de Historia Regional de la Carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNC.

El presente artículo forma parte de un proyecto personal que se ocupa de Las Sobrevivientes de la Shoá en la Argentina. Ha sido presentado parcialmente en el Primer Simposio de Estudios de Europa, realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNC, en mayo de 2002 y en el VI Encuentro de Historia Argentina y Regional llevado a cabo en San Luis, en octubre de 2002. De reciente publicación son sus artículos "Vida cultural en los campos nazis de mujeres." En: *Nuestra Memoria*. Buenos Aires, a. IX, n. 20, oct 2002 y "El papel protagónico de las mujeres en los ghettos". En: *Nuestra Memoria*. Buenos Aires, a. IX, n. 21, abril 2003.

1 Aunque los términos Shoá (devastación, desastre, en hebreo) y Holocausto (sacrificio) no son sinónimos, en el presente trabajo serán utilizados como tales.

2 Hepner, Ruth en: Wolff, Martha y Schalom, Myrtha. *Judíos & argentinos; judíos argentinos*. Buenos Aires, Manrique Zago, 1988. p. 150.

3 Behrend-Rosenfeld, Else. *Yo no estuve sola*. Buenos Aires, La Flor, 1995. p.p. 79 y 80.

4 *Ibíd.* p.p. 24 y 25.

5 *Ibíd.* p. 92.

6 Frank, Ana. *Diario*. Barcelona, Plaza y Janés, 1999. p. 15.

7 Wapner de Lewin, Paia en: Toker, Eliahu y Weinstein, Ana. *Seis millones de veces uno*. Buenos Aires, Ministerio del Interior de la Nación, 1999. p. 87.

8 Fogel, Marguit en: Wolff, Martha y Schalom, Myrtha. *Op. cit.* p. 122.

- 9 Testimonio de una sobreviviente en: Anderson, Bonnie y Zinsser, Judith. *Historia de las mujeres: una historia propia*. Barcelona, Crítica, 1992. Vol. II, p. 362.
- 10 Unger, Eugenia. *Holocausto: lo que el tiempo no borró*. Buenos Aires, Distal, 1996. p. 40.
- 11 *Ibid.*
- 12 Hodara, Raquel. "La visión femenina del horror: mujeres durante la Shoá". Conferencia pronunciada en Yad Vashem, Jerusalén, enero de 1999.
- 13 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 40.
- 14 *Ibid.* p. 49.
- 15 Hodara, Raquel. *Op. cit.*
- 16 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p.p. 40 y 41.
- 17 Hodara, Raquel. *Op. cit.*
- 18 Gutman, Israel. "Los movimientos juveniles en la clandestinidad y en las rebeliones de los ghettos." En: Bankier, David. *El Holocausto; perpetradores, víctimas, testigos*. Jerusalén, Magnes, 1986.
- 19 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 55.
- 20 Leitner, Isabella. *Fragments of Isabella; a memoir of Auschwitz*. New York, Dell, 1980. p. 28. Trad. Lic. María Gabriela Vasquez.
- 21 Testimonio de una sobreviviente en: Anderson, Bonnie y Zinsser, Judith. *Op. cit.* p. 363.
- 22 Gold, Estela. "El fondo de la miseria". En: *Hablan los sobrevivientes*. Buenos Aires, Mendel Meiern Laser Ed., 1949. p. 86.
- 23 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 61.

- 24 Hodara, Raquel. "La deshumanización en los campos de trabajo y de exterminio". Conferencia pronunciada en Yad Vashem, Jerusalén, enero de 1999.
- 25 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 74.
- 26 Nari, Marcela M. A. y Fabre, Andrea M. (comps.) *Voces de mujeres encarceladas*. Buenos Aires, Catálogos, 2000. p. 26.
- 27 Puretz, María. "El trabajo agobiador (sic) de la mujer." En: *Hablan los sobrevivientes*. *Op. cit.* p. 95.
- 28 Schechter, María. "La picrina surte efecto". *Ibid.* p.p. 79 y 80.
- 29 Anderson, Bonnie y Zinsser, Judith. *Op. cit.* p. 365.
- 30 Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*. México, Siglo XXI, 1993. p. 85.
- 31 De Gaulle Anthonioz, Geneviève, *La travesía de la noche*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. p.p. 12 y 13.
- 32 Anderson, Bonnie y Zinsser, Judith. *Op. cit.* p. 364.
- 33 Carta de una sobreviviente transcrita en: Wang, Diana. *El silencio de los aparecidos*. Buenos Aires, Acervo Cultural, 1998. p.p. 82 a 85.
- 34 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 81.
- 35 Todorov, Tzvetan. *Op. cit.* p. 69.
- 36 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p.p. 82 y 83.
- 37 Wasserman, Janka en: Toker, Eliahu y Weinstein, Ana. *Op. cit.* p. 161.
- 38) Gold, Estela. *Op. cit.* p. 88.
- 39 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 105.
- 40 *Ibid.* p. 131.

- 41 Tesler, Jacqueline en: *Nosotros*. Buenos Aires, Centro de Estudios Judaicos y Sionistas, 1989. p.p. 43 y 44.
- 42 Langer, Laurence en: Wang, Diana. *Op. cit.* p. 63.
- 43 Wang, Diana. *Ibíd.* p. 66.
- 44 Testimonio de una sobreviviente. *Ibíd.* p. 77.
- 45 Fogel, Marguit en: Wolff, Martha y Schalom, Myrtha. *Op. cit.* p. 122.
- 46 Testimonio de una sobreviviente en: Wang, Diana. *Op. cit.* p. 85.
- 47 Unger, Eugenia. *Op. cit.* p. 120.
- 48 *Ibíd.* p. 74.
- 49 *Ibíd.* p. 137.
- 50 Testimonio de una sobreviviente en: Wang, Diana. *Op. cit.* p.77.